

COMUNICADO DE IRENE ZOE ALAMEDA

A la vista de los acontecimientos ocurridos en las últimas 24 horas, yo, la autora Irene Zoe Alameda, hago público que Amy Martin es el pseudónimo utilizado para firmar numerosos trabajos realizados para la Fundación Ideas y para el diario Público.

A lo largo de este último día la figura de Carlos Mulas Granados se ha visto vilipendiada de forma insólita e irracional, aplastada por una especie de enorme bola de furia que pone de manifiesto la sed de sacrificios de nuestra herida sociedad.

Carlos Mulas Granados, exdirector de la Fundación Ideas, no tuvo conocimiento de que Amy Martin era un pseudónimo y no una persona real hasta bien entrado el día de ayer 23 de enero, una vez en diario EL MUNDO le había achacado en primera plana a él la identidad de Amy Martin y también sus artículos. Llegado inesperadamente a ese momento, se vio destituido e indefenso ante una cascada de ataques a su honor.

Confieso que desde muy atrás, conforme yo escribía entre 2004 y 2011 la novela *Warla Alkman*, de inminente publicación con la editorial Edhasa, venía gestando el proyecto de poner en práctica lo que se narra en la novela: la existencia de una autora (Adda Weinstein en la novela),

de la cual sólo se conocen el nombre y las obras, pero de la que no hay rastro, protegida su identidad por su agente literaria.

Irónica y trágicamente, la trama de *Warla Alkman* remeda la historia que estoy viviendo en estos momentos: un espía, Fracques o “Fracas”, a las órdenes de un hombre poderoso, trata de desvelar la verdadera identidad de Adda Weinstein (en la vida “real” léase Amy Martin).

Así es como creé a una autora ficticia cuya identidad se fue forjando a golpe de publicaciones reales:

En 2009, separada sentimental y físicamente de Carlos Mulas y a sabiendas de que la Fundación Ideas buscaba colaboradores para la sección Global Observer que publicaran artículos multidisciplinares y originales tanto en inglés como en español, tomé la decisión de ponerme en contacto con la Fundación que él dirigía y de hacerme pasar por Amy Martin para ofrecer mis servicios como autora. El nombre de Amy Martin lo elegí por coincidir con el de una conocida de mis años de estudios en Nueva York, la cual era muy activa en las plataformas progresistas y a la que fortuitamente había vuelto a encontrar en una de las reuniones de la Clinton Global Initiative, en la que participaban miembros del Center for American Progress y la Fundación Ideas, y donde se gestó el proyecto de un "observatorio online". En semejante

contexto, la personalidad de Amy Martin encontró su espacio.

Amy fue enviando artículos que gustaron y recibió un contrato (en el que el Departamento de Comunicación de Ideas fijó las tarifas) y la petición de que emitiera facturas con IVA, algo imposible para una autora norteamericana. De ahí que mi agente literaria emitiera las facturas de los trabajos que yo estaba publicando con el pseudónimo inventado.

A lo largo de los más de dos años en los que colaboré con Ideas, incluso mantuve conversaciones telefónicas con miembros de la Fundación en las que encarné a Amy Martin, y llegué a dotarle de rostro para ilustrar un libro en el cual ella participó de forma activa como analista político y como “negra” de algunos otros autores.

Los servicios de Amy para la Fundación consistían en la elaboración de textos base sobre los temas que le iban encargando a través del Departamento de Comunicación, textos que más tarde, matizados, publicarían otras personas con sus nombres; y consistían sobre todo en la escritura de artículos rigurosos, tanto en inglés como en español, sobre temas relacionados con la iniciativa Progreso Global, dentro de la cual se enmarcaba el área web de Global Observer: pobreza y cambio climático, igualdad de género y política económica internacional. La colaboración fue un éxito porque Amy Martin

proporcionaba, en dos idiomas, un punto de vista peculiar sobre temas diversos y transculturales, lo cual permitía a la web de la Fundación ofrecer lecturas interesantes más allá de los temas exclusivamente nacionales.

Sobre las dudas y sorna manifestadas por EL MUNDO sobre la versatilidad de Amy Martin como autora, no puedo decir más que hoy en día, para cualquiera con una buena formación, interés y tiempo para investigar, la generación de artículos de opinión en múltiples áreas es una tarea asequible.

Mi pretensión era mantener a Amy Martin activa a lo largo de toda mi vida, de mantener una doble. Para ella, por ejemplo, estaba escribiendo un libro de investigación política en Senegal. La idea era comparar, al cabo de las décadas, los rastros dejados por una autora real (yo) y una ficticia. Como he dicho, en gran parte sobre esta premisa se erige la novela *Warla Alkman*.

Se ha hablado mucho de un logo registrado a nombre de mi empresa, Storylines Projects. Ese logo lo diseñé yo, Irene Zoe Alameda gratuitamente y se lo cedí a la Fundación, a modo de tributo, para adornar su nascente página web. Creativa como soy, pensé que ese logo sería un buen reclamo para la web de Ideas, que tanta ilusión le hacía al director de la Fundación. Como el logo era una creación mía, lo registré, como hago con cuanto ideo. De este extremo –de que el logo que yo había diseñado había

sido registrado a nombre de Storylines- sólo fue consciente Carlos Mulas cuando leyó la noticia en EL MUNDO y me pidió explicaciones. Aunque este hecho le disgustó, no vio nada irregular en él.

Ayer, día 23 de enero, Carlos Mulas avisó a Amy Martin por correo electrónico de que un periodista de EL MUNDO estaba tratando de desacreditar a la Fundación Ideas y vertía acusaciones directas sobre él. Dicho periodista ya se había sido puesto en contacto por email con Amy el día 21, a través de su agente.

Yo, Irene Zoe Alameda, en la creencia de que la identidad de Amy estaba completamente blindada puesto que sólo la conocíamos yo y mi agente, pensé que nadie tenía derecho a forzar mi confesión puesto que, al fin y al cabo, tras tantos rastros textuales, unos datos reales de contacto y una imagen, la existencia de Amy Martin era innegable.

Así fue como la presión sobre Carlos Mulas fue creciendo. Amy Martin atendió telefónicamente al PSOE en la mañana de ayer, 23 de enero. Ante las peticiones desde el PSOE de pruebas concluyentes identitarias que frenaran las informaciones acuciantes que cercaban a Carlos Mulas, comprendí la gravedad de la situación y decidí hablar con mi agente, la cual me recomendó que confesara que Amy Martin era un pseudónimo.

Incluso ahora, si lo analizo fríamente, sigo pensando que el uso de un pseudónimo no es nada malo, sino algo bastante habitual, y los trabajos realizados por Amy Martin para la Fundación Ideas existen.

En un día en el que yo estaba de viaje y con acceso limitado al email, los cruces de llamadas y mis ausencias forzosas pusieron a un desapercibido Carlos Mulas en el punto de mira de un modo cruel. En pocos instantes, la enorme presión mediática sobre la Fundación y el PSOE despojó a Carlos Mulas Granados de una reputación buena y merecida, basada en el trabajo duro y constante, en la entrega al buen nombre de la Fundación que ayudó a hacer realidad y a la causa de su Partido.

Todo ha pasado tan rápido y en circunstancias tan aciagas que ha sido imposible mantener la mínima frialdad y distancia. Para cuando esta madrugada, llegada de un largo viaje con varios tramos, he podido ser consciente de las consecuencias que el experimento literario Amy Martin han traído a Carlos Mulas, he decidido poner fin a semejante injusticia y crueldad. Carlos Mulas Granados es el hombre más honesto, trabajador y admirable que he conocido en mi vida, y sus desvelos por la Fundación y al servicio de Jesús Caldera, Alfredo Pérez Rubalcaba y otros dirigentes han sido máximos.

La responsabilidad absoluta del embrollo Amy Martin es mía. Felicito al periodista Carlos Segovia por el modo en

el que ha logrado presentar ante un país completo unas víctimas sacrificiales que soportan sobre sí una carga de odio inexplicable, máxime teniendo en cuenta que cuanto hay dentro de esta historia es un simple pseudónimo (y no sobresueldos), nada comparable en modo alguno a las graves tramas de corrupción que han venido viendo la luz.

Asumo, en cualquier caso, cuantas consecuencias puedan venir sobre mí a causa de mi atrevimiento al haber creado, al modo en que se narra en mi próxima novela, una autora ficticia. Públicamente pido perdón por haber inventado y hecho trabajar a Amy Martin.

Con respecto a los honorarios percibidos por mí en virtud de los trabajos realizados como Amy Martin a través de mi agencia literaria, aunque están realizados, y constan en mi declaración de la renta (no en la de Carlos Mulas Granados), quedo a disposición de la Fundación Ideas para devolverlos si así lo considera necesario.

Y sobre todo, pido perdón a Carlos Mulas Granados, un hombre al que quiero, respeto y admiro, y que en absoluto merece la reprobación de la que está siendo objeto.

Para cualquier aclaración adicional, pueden ponerse en contacto conmigo en info@irenezoalameda.com